

## La crucifixión

Mateo 27.31-54; Marcos 15.20-39;  
 Lucas 23.26-47; Juan 19.17-30

*«Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados» (Isaías 53.5).*

¡En nuestro idioma no hay dos palabras más significativas que las de la frase «la cruz»! Deberíamos abordar el estudio de la cruz con corazones temblorosos. Es un estudio que debe ser realizado durante toda una vida por todos los que han sido salvos por ella.

*¡La crucifixión!* ¡Qué brutal, bárbara, cruel e inhumana! Es probable que fuera inventada por los persas, y más adelante perfeccionada por los romanos.

Con el tiempo, Roma llegó a ser infame por sus crucifixiones. Este método de ejecución era la más degradante forma de humillación. Roma no crucificaba romanos. Los judíos despreciaban la crucifixión (Deuteronomio 21.23; Gálatas 3.13); jamás fue una costumbre de ellos. Los animales no son tratados hoy tan cruelmente como lo fue Jesús.

La civilización moderna rechaza la crucifixión; sin embargo, en la mayor parte del mundo se pone en práctica la pena capital. En aquellos lugares donde hoy se pone

en práctica la pena capital, por lo general se realiza de la forma más rápida, menos dolorosa y más humanamente posible.

*¡Los azotes!* La flagelación era un preliminar legal en toda ejecución romana. Jesús profetizó que sería azotado en relación con Sus padecimientos (Mateo 20.17–19; Marcos 10.32–34; Lucas 18.31–34), ¡y lo fue!

Los azotes eran crueles. Producían grandes verdugones, profundos cortes y dejaba el cuerpo hinchado. A menudo se perdían los dientes y los ojos. Había hombres que morían a causa de ello. Los azotes, no obstante, no eran para la ejecución. El látigo era para castigar; los clavos eran para dar muerte. Los soldados romanos endurecidos y experimentados sabían cuando detenerse. Este castigo con latigazos hacía más intenso el dolor de la crucifixión.

Pilato hizo que se azotara a Jesús (Mateo 27.26; Marcos 15.15; Juan 19.1), con la esperanza de que la multitud se compadeciera cuando viera a Jesús lacerado y sangrante. Él dijo: «¡He aquí el Hombre!» (Juan 19.5). La treta de Pilato no funcionó. Ni Jesús ni Pilato recibieron compasión alguna.

*¡La agonía!* La crucifixión despojaba a las personas de su dignidad humana. El objetivo fundamental de la crucifixión era matar a un hombre, pero en el proceso se perseguía mantenerlo vivo tan largo tiempo como fuera posible. A vista del público, al crucificado se le dejaba desnudo (en todo el sentido de la palabra), indefenso y expuesto al maltrato. Aun con todo este dolor, había hombres que podían vivir varios días. La mayoría alcanzaba a vivir dos o tres días. ¡Qué horror! Por extraño que parezca, no había una pérdida tan grande de sangre. No se afectaban las más importantes arterias. No obstante,

era difícil respirar. Era más difícil exhalar que inhalar. El crucificado se elevaba mediante flexión de sus piernas para respirar, lo que aumentaba el dolor producido por los clavos. La muerte se producía principalmente por el shock hipovolémico y la asfixia por agotamiento. Cuando a las víctimas se les quebraban las piernas, tardaban pocos minutos en morir.

Era un dolor insoportable el que se sufría. Cualquier movimiento en la cruz multiplicaba el sufrimiento. No había modo de hallar una postura cómoda. El dolor era inmenso. Se experimentaban dolores de cabeza, una sed que quemaba y espasmos musculares y nerviosos: eran millones de descargas de dolor las que sacudían el cuerpo.

*¡Las heridas!* Existen cinco maneras como una persona puede ser herida. Jesús recibió las cinco en su totalidad. 1) Las heridas por contusión implicaban moretones que resultaban de los puñetazos y de los golpes con instrumentos romos (Mateo 26.67; Marcos 14.65; Lucas 22.63). 2) Las heridas por laceración fueron el resultado de los azotes. 3) Las heridas por penetración se produjeron por las afiladas puntas de la corona de espinas que los soldados le forzaron en Su cabeza (Mateo 27.29). 4) Las heridas por perforación se produjeron cuando «horadaron [Sus] manos y [Sus] pies» (Salmos 22.16). Las manos no podían soportar el peso del cuerpo. Los clavos se introdujeron por Sus muñecas, que son parte de las manos. 5) La herida por incisión sirvió para confirmar que Jesús estaba muerto, herida que se produjo cuando un soldado perforó el costado de Él con una lanza (Juan 19.34).

Los soldados romanos no dejaban a la víctima, sino hasta estar seguros de su muerte. La Biblia declara inequívocamente que Jesús murió en la cruz.

Las Escrituras ponen muy poco énfasis en el dolor y el sufrimiento que Jesús experimentó. Las Escrituras hacen todo lo posible por evitar los horribles detalles. Los pecadores son salvos por la muerte de Jesús, no por el dolor de Este. Sin embargo, el sufrimiento estuvo claramente presente. La cruz era una muerte silenciosa; las víctimas se quedaban sin las fuerzas ni el aliento necesarios para gritar. A los azotes se les llamaba la «pequeña muerte»; a la crucifixión se le llamaba la «gran muerte».

Estudie detenidamente Isaías 53. No deje que su corazón se vuelva insensible al dolor de la cruz. ¡Nunca se permita desentenderse del shock de su horror!

*La cruz...  
¡no hay otro camino!*

Autor: Charles B. Hodge, Jr.  
©Copyright 2008, 2008, por LA VERDAD PARA HOY  
Todos los derechos reservados